

Pasión por leer

SABADO 11 DE FEBRERO DE 2006

LECTURAS PARA EL VERANO



HIMNO DE VIDA JUAN FILLOY

Nunca les molestó que los llamaran "El Jetón" y "La Jetuda"; porque era una pareja mulata de Bahía varada en un suburbio argentino por los enviones de quién sabe qué mareas. Si no feliz del todo, por lo menos contenta de su suerte, pues no la ocultaban a nadie. Y también, porque su alma era flexible como los mimbres de su barracón de canasteros.

Seco, ardido, ascético, cada vez que pasaba el cura de la parroquia vecinal se paraba delante de ese taller rudimentario. No para admirar los canastos hechos o en trance de confección, sino porque le caía mal ese matrimonio negro de Brasil por su desenfado natural, sus pilchas colorinches, su risa constante. Al pararse, indefectiblemente, musitaba sus latines -risam abundat orum stultorum- y luego los profería iracundo:

-La risa abunda en la boca de los tontos.

Pero el Jetón y la Jetuda seguían riendo. Orondos de su ignorancia. Contraídos al trabajo. ¡Era una gloria gratuita ver cómo la risa bailaba ondulando en la pulpa de sus labios abultados!

Una tarde calurosa, de esas en que trasudan hasta los postes de cemento, el cura se paró más seco que nunca. La pareja comía sandía. Manipulados los cascos con avidez, barnizaban los labios y hasta las orejas del Jetón y la Jetuda.

El deleite exultaba tanto su complacencia que no se sabía si comían riendo o reían comiendo. Ello irritó al sacerdote. No podía admitir que la fruición de su pulpa agregase rojas carcajadas a las sanguíneas que barbotaban.

Hosco, el cura les espetó:

-Ya se arrepentirán. La vida es grave. Es un ultraje a Dios tomar la vida con animus jocundi. La vida es grave. Ya se arrepentirán.

Cuando nació el primogénito, una serie de complicaciones ensombrecieron el barracón de la pareja mulata. Y el Jetón se quedó sin la Jetuda.

Si bien el angelito negro -jetita de coral reversible, ojos

lánguidos de cabrito- fue cuidado por el pecho de la vecindad, la pena, como un relente invisible, se cernía ahora sobre los canastos hechos y a medio hacer.

Por primera vez vio el cura al Jetón con los labios doblados para abajo. Lejos de enderezarle ese rictus amargo, lo fustigó:

-Yo te lo decía. Hay que ser neutro. Abandonar todos los extremos. Ahora empezarás a amar a Dios como se debe. No con ídolos herejes.

Y lejos de consolarlo lo acorraló con sus latines.

-In hilaritates triste, in tristitia hilaris...

Pero esa vez no estaba solo. En la penumbra del anochecer sintió un alboroto en la atmósfera. Convocado por lemanjá -madre nutricia de todos los huérfanos de la negritud- fluctuaba alrededor del cura un enjambre de orixás. El Jetón y su hijito eran imágenes de un altar mágico. Y violentos, inexorables, los orixás Ogún, Oxossi, Oxalá, Sangó y Exú asaetaron al sacerdote con su ira:

-Tu ensañamiento es una infamia.

-Estos amigos adoraban a Dios a carcajada limpia.

-Limpia, óyelo bien. Su espontaneidad era un himno de vida.

-Tú debiste reverenciar esa forma de fe, no punirla con reprimendas y maldiciones.

-Boca como la tuya, incapaz de alojar una sonrisa, condena a luto perpetuo al mundo.

-¿Quieres decirnos qué ganaste con torturar a esta gente?

Terco en su impavidez, el cura quedó mudo. Mudo como una piedra. Y a su silencio encorvado siguió el silencio cósmico.

¡Ah, no todos saben que Dios coloca duendes festivos en la trastienda de los astros y gnomos festivos en la raíz de las plantas para que ríen las estrellas y las flores!



En **Gentuza**, Editorial El Cuenco de Plata.
©Herederos de Juan Filloy



AYYYY ANGÉLICA GORODISCHER

Sonó el timbre y ella fue a abrir la puerta. Era su marido.

-¡Ayyyyy! -gritó ella- ¡pero si vos estás muerto!

Él sonrió, entró y cerró la puerta. Se la llevó al dormitorio mientras ella seguía gritando, la puso en la cama, le sacó la ropa e hicieron el amor. Una vez. Dos veces. Tres. Una semana entera, mañana, tarde y noche haciendo el amor divina, maravillosa, estupendamente.

Sonó el timbre y ella fue a abrir la puerta. Era la vecina.

-¡Ayyyyy! -gritó la vecina-, ¡pero si vos estás muerta! -y se desmayó.

Ella se dio cuenta de que hacía una semana que no se levantaba de la cama para nada, ni para comer ni para ir al baño. Se dio vuelta y ahí estaba su marido, en la puerta del dormitorio:

-¿Vamos yendo, querida? -dijo y sonreía.



En **Menta**,
Buenos Aires, Emecé,
© Angélica Gorodischer



"Este suplemento es una invitación a la lectura a través de pequeños textos, para que leer sea cada vez más un placer compartido por toda la población, donde quiera que se encuentre. Para que todos puedan sentir la misma pasión por leer"



H 0022632

Campana Nacional de Lectura



EL SOFÁ

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

El gerente del Astoria Hotel encargó al ebanista Sergio un sofá especial: tenía que caber exactamente en el hueco de cierta pared.

Fue al hotel para tomar las medidas y se enteró de que el sofá decoraría la habitación reservada para una pareja ejemplar.

—Seré curioso: ¿quiénes son?

—Dos artistas de los nuestros, que han triunfado en Norteamérica —le informó el gerente—. Vienen el viernes 27 para el festival de cine. Bobby Weston y Linda Croce.

Sergio se puso pálido. Cinco años atrás Linda, su antigua mujer, se había escapado con Bobby, un amigo de los tiempos del colegio. Cuando quiso alcanzarnos se interpuso el taller: tuvo que quedarse en Buenos Aires, atendiendo su oficio manual, mientras ellos, los románticos, huían a Hollywood. Ahora volvían famosos, en una visita fugaz como un relámpago de oro. ¡Y él, burlado y fracasado, debía adornarles el nido!

Aceptó su fiero destino.

Le dieron la llave y lo dejaron solo. Subió a la lujosa cámara y tomó las medidas. Cosa de minutos, pero se demoró meditando. Premeditando, más bien. Imprimió sobre un trozo de masilla el perfil de la llave, se familiarizó con las entradas y salidas del hotel y se retiró con un plan perfecto para asesinar a los traidores.

Al construir el sofá dejó, debajo del asiento, una cavidad donde él pudiera acomodarse. A fin de que los cargadores, en el momento de transportar el mueble con él adentro, no se reparasen en el exceso de peso, seleccionó maderas y metales livianos para el armazón y gomapluma para los rellenos. A un costado disimuló una mirilla. Se tocaba un resorte, se abría un escotillón y él se

deslizaba fuera del sofá. Lo demás sería fácil. Esperaría a que estuvieran dormidos, asestaría una puñalada en cada corazón y, con la llave que se había mandado hacer, tranquilamente se marcharía.

El jueves 26 llamó al aprendiz y le dijo:

—Esta tarde vendrán los changadores a llevarse el sofá. Yo no estaré, así que usted se va en el camión con ellos y coloca el sofá donde ya sabe. Ahora váyase a comer.

A la tarde se llevaron el sofá, con Sergio adentro, y lo encajaron en el hueco de la pared.

Por la noche, a través de la mirilla, Sergio vio entrar a Linda y a Bobby, radiantes de felicidad. Al oírlos en la cama comprendió que nunca antes había padecido, que sólo en ese momento empezaba a padecer. Aguardó hasta que cayeron dormidos. ¡Ahora, por fin, la venganza! Tocó el resorte pero ¡maldición! No funcionó. ¡Cómo podía ser, si innumerables veces lo había probado, siempre con éxito!

Inútil, inútil. Se sintió atrapado en el sofá como un cataléptico que despierta en un ataúd. Oscuridad, silencio, quietud... Al rato movió un brazo. El espacio le pareció más holgado. Después advirtió que podía recoger las rodillas, cambiar de posición. Cada vez que veía más. El acero del puñal clareaba a lo lejos como un horizonte en el alba. Ahora descubrió la arquitectura interior del sillón. Se arrastró boca abajo. El espacio seguía expandiéndose. Viajó por grutas, puentes, castillos. Conoció la ciudad de los elásticos y por una arandela de aluminio desembocó en un campo de forros y entretelas. De pronto se encendió la luz. Por una rendija vio que Linda, descalza, iba al baño. Sergio se dejó caer por la rendija y con toda la velocidad que sus patitas le permitían corrió sobre la alfombra. Linda lanzó un grito de asco:

—¡Una cucaracha!

Bobby se estiró desde la cama y de un zapatazo lo aplastó.

En **Cuentos III, Obras completas**
de Ediciones Corregidor
© Enrique Anderson Imbert

EL NACIMIENTO DE LA COL

RUBÉN DARÍO

En el paraíso terrenal, en el día luminoso en que las flores fueron creadas, y antes de que Eva fuese tentada por la serpiente, el maligno espíritu se acercó a la más linda rosa nueva en el momento en que ella tendía, a la caricia del celeste sol, la roja virginidad de sus labios.

—Eres bella.

—Lo soy —dijo la rosa.

—Bella y feliz —prosiguió el diablo—. Tienes el color, la gracia y el aroma. Pero...

—¿Pero?...

—No eres útil. ¿No miras esos árboles llenos de bellotas? Ésos, a más de ser frondosos, dan alimento a muchedumbres de seres animados que se detienen bajo sus ramas. Rosa, ser bella es poco...

La rosa, entonces —tentada como después lo sería la mujer— deseó la utilidad, de tal modo que hubo palidez en su púrpura.

Pasó el buen Dios después del alba siguiente.

—Padre —dijo aquella princesa floral, temblando en su perfumada belleza—, ¿queréis hacerme útil?

—Sea, hija mía —contestó el Señor, sonriendo. Y entonces el mundo vio la primera col.

MOMENTO

CONRADO NALÉ ROXLO

Mi alma aquella noche halló un antiguo cauce.

Mi vieja lapicera dio una flor.

Y corté en la neblina gris del sauce
una naranja llena de lágrimas de amor.

Era el momento puro que conoce el poeta.

Anheloso esperaba lo que podía ser,
suspenso en una onda de música y luz quieta.

Todo podía suceder.

Trémula mancha de oro iba mi pensamiento
moviéndose en la fría tiniebla inmemorial.
Me dolían raíces desnudas, y un momento
sentí que regresaba a la vida espectral.

Oscuros antepasados
de pronto rompieron a llamar
en mi voz, y eran roncós gritos desesperados
como de quien se cae al mar.

Tenía todo un espantoso brillo,
una siniestra profundidad,
y una despierta alarma de gatillo
que se acaba de martillar.

Comprendí que me trasformaba
en un ser de otra naturaleza.
Mi sangre ya circulaba
por la madera de la mesa.

Mas me encontré de nuevo siguiendo la corriente
del tiempo con mi alma y con mi paso,
y suspiré, como cuando se siente
que iba a romperse y no se rompe un vaso.

Y recobré mi natural destino
sencillo y vulgar,
como una mesa en la que hay pan y vino
y un rostro familiar.

En **De otro cielo.**
© Herederos de
Conrado Nalé Roxlo

Infantiles - Juveniles

Intervalo

Pablo De Santis

Ayer, cuando quise salir de mi casa, me di cuenta de que no tenía el impermeable. Me acordé de que lo había dejado en la tintorería. Pero no me acordaba dónde estaba la tintorería.

Tenía que encontrar entonces la boleta que me habían dado. La había dejado adentro de un libro de misterio.

Pero tampoco tenía el libro de misterio, porque se lo había prestado a alguien. No me acordaba a quién.

Seguramente había anotado en mi agenda a quién le había prestado el libro. ¿Pero dónde estaba mi agenda?

No la tenía.

Me acordé de que me la había olvidado en una fiesta. Pero no me acordaba dónde había sido esa fiesta.

Tenía que encontrar la invitación que me habían mandado.

La invitación estaba guardada en un cajón del escritorio.

Me acordé de que había dejado la llave del escritorio en mi auto. ¿Pero, dónde estaba la llave de mi auto? Pensé entonces que tenía que buscar la llave del auto.

El auto en donde estaba la llave del cajón.

El cajón donde estaba la invitación a la fiesta.

La fiesta en donde me había olvidado la agenda.

La agenda en donde había anotado el nombre del amigo al que le había prestado el libro de misterio.

El libro de misterio que tenía entre sus páginas la boleta de la tintorería.

La boleta de la tintorería en donde decía la dirección de la tintorería.

La tintorería en donde había dejado mi impermeable.

Me acordé en donde había dejado mi impermeable.

Me acordé entonces donde estaban las llaves del auto: en el impermeable.

Y recordé de pronto que el impermeable no estaba en la tintorería sino en el ropero.

Ya no necesitaba ni la boleta de la tintorería ni la agenda ni el libro ni la invitación a la fiesta ni el auto ni nada.

Por eso me dije: en una investigación importan nada más que el principio y el final. Lo demás es relleno.

En *El último espía*, Editorial Sudamericana.

© Pablo De Santis



Para adoptar un hada

Cecilia Pisos

Hay que sentarse

con paciencia

simulando ovillar

hilo en desuso.

Después de un rato,
verás que tienes cerca
unas cuantas, pequeñas,
niñas-hada.

Entonces,

sin que parezcas verlas,
sigue

las vueltas del hilo

y mezcla con las hebras
una historia.

Tendrá que haber

un príncipe,

un castillo,

muchos peligros

que pasar

y un hada,

que todos buscan

y que no aparece.

Entonces, la más niña,

la más pequeña

de las hadas

se posará muy cerca

de tu boca,

se meterá

de pronto

en tus palabras

y en la jaulita

del relato

tendrás

-pequeña prisionera-

eternamente

el ruido de sus alas.

(Cuando las obras descubran
que eres cazadora,
se alejarán furiosas.

Por eso,

si quisieras

coleccionar más hadas,

deberás comenzar

con otro ovillo,

un día distante

en las semanas,

con una historia

nueva, brillante,

no contada.)

En *Las hadas sueltas*, Editorial Sudamericana.

Cuello duro

Elsa Bornemann

¡Aaay! ¡No puedo mover el cuello! -gritó de repente la jirafa Caledonia.

Y era cierto: no podía moverlo ni para un costado, ni para el otro: ni hacia delante ni hacia atrás... Su larguísimo cuello parecía almidonado.

Caledonia se puso a llorar.

Sus lágrimas cayeron sobre una flor. Sobre la flor estaba sentada una abejita.

-¡Llueve! -exclamó la abejita. Y miró hacia arriba.

Entonces vio a la jirafa.

-¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando?

-¡Buaaa! ¡No puedo mover el cuello!

-Quédate tranquila. Iré a buscar a la doctora doña vaca.

Y la abejita salió volando hacia el consultorio de la vaca.

Justo en ese momento, la vaca estaba durmiendo sobre la camilla.

Al llegar al consultorio, la abejita se le paró en la oreja y -Bsss...Bsss...Bsss...- le contó lo que le pasaba a la jirafa.

-¡Por fin una que se enferma! -dijo la vaca, despezándose-. Enseguida voy a curarla.

Entonces se puso su delantal y su gorrito blancos y se fue a la casa de la jirafa, caminando como una sonámbula sobre sus tacos altos.

-Hay que darle masajes -aseguró más tarde, cuando vio a la jirafa-. Pero yo sola no puedo. Necesito ayuda. Su cuello es muy largo.

Entonces bostezó: -¡Muuuuuuuaa! -y llamó al burrito.

Justo en ese momento, el burrito estaba lavándose los dientes.

Sin tragar el agua del buche debido al apuro, se subió en dos patas arriba de la vaca.

¡Pero todavía sobraba mucho cuello para masajear!

-Nosotros dos solos no podemos -dijo la vaca.

Entonces, el burrito hizo gárgaras y así llamó al cordero.

Justo en ese momento, el cordero estaba mascando un chicle de pastito. Casi ahogado por salir corriendo, se subió en dos patas arriba del burrito.

¡Pero todavía sobraba mucho cuello para masajear!

-Nosotros tres solos no podemos -dijo la vaca.

Entonces, el cordero tosió y así llamó al perro.

Justo en ese momento, el perro estaba saboreando su cuarta copa de sidra. Bebiéndola rápidamente, se subió en dos patas arriba del cordero.

¡Pero todavía sobraba mucho cuello para masajear!

-Nosotros cuatro solos no podemos -dijo la vaca.

Entonces, al perro le dio hipo y así llamó a la gata. Justo en ese momento, la gata estaba oliendo un perfume de pimienta.

Con la nariz llena de cosquillas, se subió en dos patas arriba del perro.

¡Pero todavía sobraba mucho cuello para masajear!

-Nosotros cinco solos no podemos -dijo la vaca.

Entonces, la gata estornudó y así llamó a don conejo.

Justo en ese momento, don conejo estaba jugando a los dados con su coneja y sus conejitos. Por eso se apareció con la familia entera: su esposa y los veinticuatro hijitos en la fila. Y todos ellos se treparon ligerito, saltando de la vaca al burrito, del burrito al cordero, del cordero al perro y del perro a la gata. Después, don conejo se acomodó en dos patas arriba de la gata. Y sobre don conejo se acomodó su señora y más arriba -también uno encima del otro- los veinticuatro conejitos.

-¡Ahora si los masajes! -gritó la vaca-

-¿Están listos muchachos?

-¡Sí, doctora! -contestaron los treinta animalitos al mismo tiempo.

-¡A la una... a las dos... a las tres!

Y todos juntos comenzaron a masajear el cuello de la jirafa Caledonia al compás de una zamba, porque la vaca dijo que la música también era un buen remedio para calmar dolores.

Y así fue como -al rato- la jirafa pudo mover su larguísimo cuello otra vez.

-¡Gracias amigos! -les dijo contenta-. Ya pueden bajarse todos.

Pero no, señor. Ninguno se movió de su lugar. ¡Les gustaba mucho ser equilibristas!

Y entonces -tal como estaban, uno encima del otro- la vaca los fue llevando a cada uno para su casa.

Claro que los primeros que tuvieron que bajarse fueron los conejitos, para que los demás no perdieran el equilibrio...

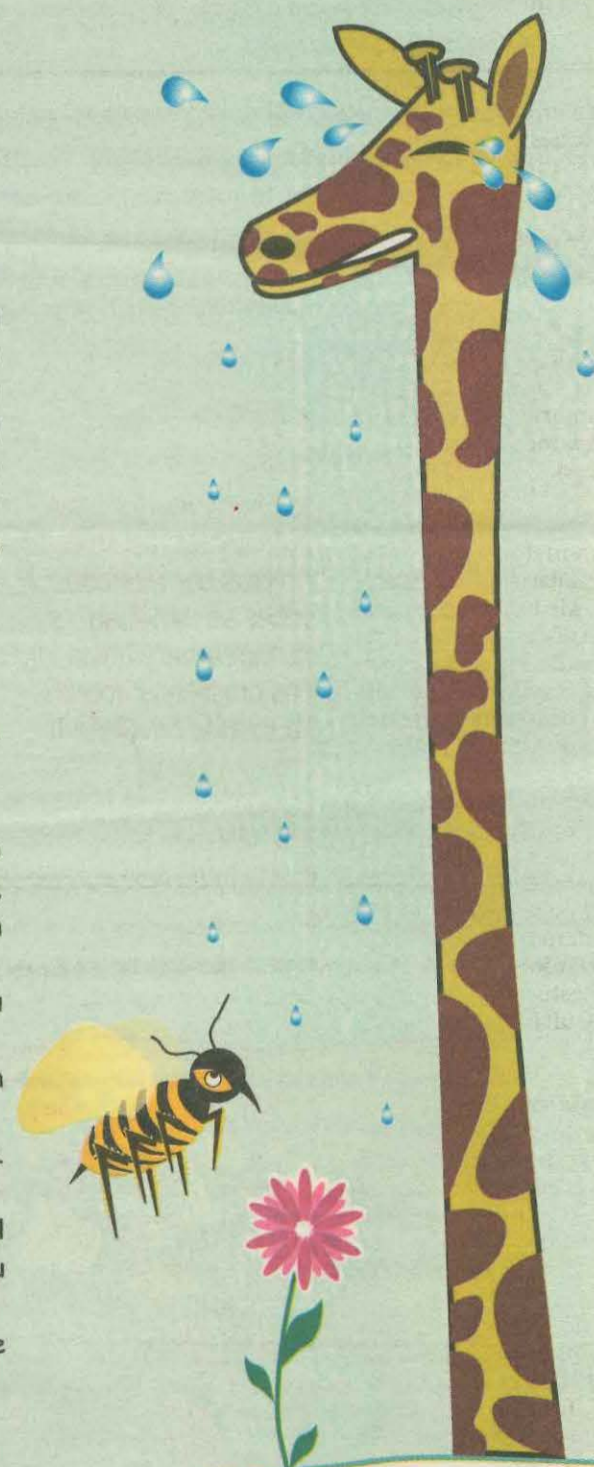
Después se bajó la gata; más adelante el perro; luego el cordero y por último el burro.

Y la doctora vaca volvió a su consultorio, caminando muy oronda sobre sus tacos altos. Pero no bien llegó, se quitó los zapatos, el delantal y el gorrito blancos y se echó a dormir sobre la camilla.

¡Estaba cansadísima!

En Lisa de los paraguas,
Editorial Alfaguara.

© Elsa Bornemann



Ilustraciones de Paula de la Cruz y Paula Salvatierra.



Pasión por leer



MINISTERIO de
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA
PRESIDENCIA de la NACIÓN

Campana Nacional de Lectura



Con el apoyo de
Fundación

Noble

Grupo Clarín